

SANTA CRUZ, ARTE E ICONOGRAFÍA. EL CARDENAL MENDOZA, EL COLEGIO Y LOS COLEGIALES

Salvador, Andrés Ordax. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Valladolid, 2005. 121 págs. ISBN 84-8448-332-0.

Es conocido por todos la trascendencia que el Cardenal Mendoza, junto con otras poderosas familias del primer Renacimiento, tuvo en la definición de la universidad española. Su labor de mecenazgo y las sucesivas fundaciones que acometió, de un modo semejante al que años más tarde emprenderían prelados tan insignes como Alonso III de Fonseca o Juan de Sancelme, es el germen de la universidad humanista de la Edad Moderna. Sin embargo, mientras este empeño del fundador ha sido ampliamente estudiado, se ha pasado por alto la huella que este tipo de instituciones –en particular el insigne Colegio de Santa Cruz de Valladolid, ha dejado en todos aquellos que se formaron bajo su protección, tanto en sus personas como en sus obras o en los emblemas que ostentaron en sus armas. Por otra parte esta impronta colegial ha trascendido los límites geográficos de la ciudad pucelana para alcanzar todos aquellos lugares a los que llegaron sus hijos, siendo Santiago de Compostela uno de los más privilegiados en este aspecto.

Ese sentido de pertenencia a un grupo singular de elegidos, hermanados más allá de su condición y el tiempo, es lo que invita al autor de esta monografía a presentar como primer capítulo de este estudio aquel signo que por excelencia ha identificado al Cardenal Mendoza, a su colegio y a muchos de sus colegiales: la Cruz de Jerusalén, una cruz griega potenziada a través de la que se pretendía recordar la pertenencia a este centro y al Cardenal de Santa Cruz, “su amo”.

A éste se dedica el segundo capítulo del libro, una breve biografía en la que con la concisión necesaria se trazan los rasgos más sobresalientes del personaje: su familia, su personalidad

–marcada por el ambiente humanista de su casa, por su condición de hombre de la Iglesia y por su dimensión política y militar–, y su mecenazgo, el mismo que le lleva a Elio Antonio de Nebrija, a dedicarle en 1481 sus *Introducciones latinae*.

Tan importante como el fundador es la fundación, para la cual se obtuvo la autorización pontificia el 29 de mayo de 1479, culminando el proceso en la firma de los estatutos y capitulaciones que se aplicarían a los colegiales de Santa Cruz el 20 de septiembre de 1483. El resultado último de todas estas gestiones será la construcción del edificio colegial que se convertirá en modelo y pauta para otros muchos que se erigirán en el entorno castellano durante los siguientes decenios. Por otra parte, tal como indica su autor, “la vida del Colegio se refleja a veces en el proceso de su edificio”, transformado en memorial de la institución.

Esa memoria es la que los colegiales mantendrán viva a través de algunos símbolos como la cruz griega, la beca roja, sus constituciones y estatutos y el retrato del Cardenal, al cual se refieren habitualmente con expresiones como “mi Señor” o “mi Amo”, siendo destacable el retrato ecuestre del mismo como *miles Christi* que a su vez sigue el modelo acuñado para el Cardenal Gil de Albornoz y el detallado seguimiento de la presencia de la Santa Cruz en las divisas de esos mismos colegiales. Son estos los signos externos de una solidaridad, afecto y correspondencia hacia el Colegio que en pocas ocasiones han tenido una trascendencia mayor.

Son toda la nómina de colegiales de Santa Cruz, la que ha convertido a esta institución en una referencia histórica durante la Edad Moderna. De su seno salen personajes como Gaspar de Ávalos, vinculado con la Universidad de Granada

y el Colegio de Santa Catalina; Diego de Muros III; uno de los ejemplos más claros de cómo la Santa Cruz se convierte en un emblema heráldico con el que identificarse; Francisco Blanco, arzobispo compostelano, protagonista del Concilio de Trento; Juan de Sanclemente, fundador del colegio que lleva su nombre en Santiago y del Colegio de Niñas Huérfanas; o Pedro Carrillo de Acuña, también arzobispo de la sede gallega.

Esta relación entre la matriz colegial y aquellos lugares alcanzados por sus alumnos, alcanza su momento de mayor esplendor a lo largo del siglo XVIII, momento en el que Francisco Fabián y Fuero alcanza la sede episcopal de Puebla de los Ángeles, México, lugar a donde también llegara la Santa Cruz y que permitirá que la Real Orden de Carlos III le sea entregada a alguno de sus preclaros alumnos.

En este sentido, junto con las luces del reconocimiento adquirido por el Colegio durante la segunda mitad del siglo XIX, también se ponen de relieve los años oscuros y la recuperación de la dignidad perdida con el paso del tiempo, refrendada por la condición de colegial de

S.A.R. Don Felipe de Borbón, que en esto sigue los pasos de su bisabuelo Alfonso XIII.

En definitiva, se trata de un estudio cuidado y minucioso en el que se refleja no solo la pasión por la historia y el arte de Salvador Andrés Ordax, sino también su devoción y solidaridad con un colegio del que se siente parte. Con una prosa fluida y asequible, el autor, durante los diez capítulos de los que se compone la obra, consigue perfilar la trascendencia que para todos, pero en especial para los gallegos, tuvo la fundación del Colegio de Santa Cruz de Valladolid; quizás la Universidad Compostelana sería otra cosa muy distinta si no fuera porque en el momento de la fundación de la Universidad de Santiago, se dio la afortunada coincidencia de que muchos de sus miembros concluyeron su carrera eclesiástica dentro de la sede de Santiago.

Juan M. Monterroso Montero
Universidade de Santiago de Compostela